

CUERPOS IMPUROS: BUTLER, HARAWAY, PRECIADO.

Juan de Dios García Martínez
Universidad de Sevilla (España)

Recibido: 15-07-10

Aceptado: 14-09-10

Resumen: Debemos al feminismo de la segunda mitad del siglo XX la problematización filosófica del cuerpo. El cuerpo, antes una instancia evidente, un dato puro, científico, comienza a ser considerada una entidad impura, política, contaminada por el poder. ¿Y si el cuerpo mismo estuviera sometido a la construcción social, o lo que es lo mismo, y si el sexo no fuera más que género? Transitamos esta senda de la mano de tres grandes filósofos: Judith Butler, Donna Haraway y Beatriz Preciado. Ellas nos acompañarán en este pequeño “descensus ad inferos” a las entrañas de la corporalidad.

Palabras-clave: Cuerpo, sexo, género, cyborg.

Abstract: We owe feminism from the second half of the twentieth century the philosophical problematization of the body. The body, previously a clear instance, a piece of scientist information, begins to be considered an impure entity, politics, polluted by power. What if the body itself were subjected to social construction, that is, what if sex was nothing more than gender? We walk under the guidance of three philosophers: Judith Butler, Donna Haraway and Beatriz Preciado. They will join us on this little “descensus ad inferos” into the bowels of corporeality.

Key-words: body, sex, gender, cyborg.

“¿Si nos pincháis, acaso no sangramos?, ¿si nos cosquilleáis, acaso no reímos?, ¿si nos envenenáis, acaso no morimos?”

1. El cuerpo, ese dato (im)puro.

El fragmento que da entrada a esta ponencia es el conocido monólogo de Shylock, personaje central de la obra *El mercader de Venecia* de William Shakespeare. Un texto clásico que Ernst Lubitsch revitaliza a través del personaje de Greenberg en su sátira contra el nazismo *Ser o no ser*. Greenberg, magistralmente interpretado por Felix Bressart, es en la película un actor de segunda ilusionado con poder algún día representar al judío Shylock, y en su espera, declama una y otra vez este maravilloso fragmento, como alegato pasional contra el antisemitismo.

Dejando a un lado la cuestión antisemita, el monólogo de Shylock nos permite ubicar la problemática del poder sobre un espacio, un nudo, un cruce de caminos, que en nuestra opinión ha sido poco considerado hasta hace pocas décadas dentro del campo de la filosofía política: el cuerpo. El que sangra, el que ríe, el que muere, el lugar desde el que emergen la insurrección y la venganza. Un lugar vital, por tanto, para la política, especialmente para aquella que trata de dar voz a los silenciados.

No obstante, ¿por qué ha sido el cuerpo el gran olvidado de la reflexión filosófico-política hasta tal vez la segunda mitad del siglo XX? La respuesta podría enunciarse de forma igualmente interrogativa: ¿es que tiene la política algo que decir con respecto al cuerpo? El cuerpo es una realidad, un dato puro, científico, evidente, sensible, palpable...¿o tal vez no?

2. Judith Butler y la materialización impura del cuerpo.

“¿Y qué es el “sexo” de todas formas? (...) ¿Tiene el sexo historia?”¹

Debemos al pensamiento feminista de finales del siglo XX la problematización del cuerpo. La cuestión ya estaba ahí, puesta sobre el tapete por Simone de Beauvoir en su famosísima afirmación: “No se nace mujer, se llega a serlo”. Con estas palabras, la francesa hacía frente a la conocida frase que Freud recogiera de Napoleón: “la anatomía es el destino”. Por lo tanto, la teoría de De Beauvoir trataba de erradicar los prejuicios del darwinismo social del siglo XIX y XX, que relegaba a las mujeres al desempeño de ciertas tareas sociales en virtud de su propia constitución biológica y en este sentido, podemos decir que la aportación de De Beauvoir al pensamiento feminista es incalculable. Lo

[1] Butler, J. *Gender Trouble*. New York. Routledge. 1990. pág. 10. La traducción es nuestra.

que la pensadora francesa está mostrando es que ser mujer tiene muy poco o nada que ver con poseer una determinada anatomía, quedando así la identidad vinculada al género y siendo todo género antinatural y contingente.

De esta manera, y para hacer visibles sus tesis, De Beauvoir describe en *El Segundo Sexo*² la gran maquinaria que la sociedad despliega para formar sujetos que se adecuen a los estereotipos culturales que se han creado para la feminidad.

Pero si bien la desigualdad quedó claramente vinculada al género, es decir, desnaturalizada, este logro parcial hizo que la anatomía permaneciera como una instancia más allá de toda crítica. En este sentido, Rosi Braidotti afirma que “la distinción que hizo S. de Beauvoir entre sexo y género y su programa para la emancipación de las mujeres prepararon el camino para la segunda ola del movimiento feminista” a la par que nos devela que “la adaptación que hace la autora francesa de la dialéctica hegeliana de las diferencias de los sexos, si bien permiten representar la emancipación de las mujeres en el plano teórico, crearon más problemas de los que resolvieron”³.

Los problemas son varios. Distinguir género y sexo desnaturaliza la desigualdad pero ubica al cuerpo en el plano de lo “natural”, lo “esencial”, lo “biológico”. Es decir, la distinción aleja la desigualdad de la anatomía pero mantiene al cuerpo como una realidad más allá de toda crítica. Del mismo modo, esta distinción sitúa al cuerpo como una especie de esencia que siempre permanece detrás, debajo de la “identidad genérica” como un subsuelo inalterable que hace de la identidad humana una “identidad de perchero”⁴. De esta manera el cuerpo parecería ser una especie de “verdad”, algo seguro, puro, natural, a lo que apelar, a lo que aferrarse frente a una instancia aparentemente mucho más caprichosa como la del género.

Judith Butler escribe en 1990 una obra que sin duda removería los cimientos del feminismo, nos referimos a *Gender Trouble*. En este libro, Butler muestra tener un gran conocimiento de la obra de De Beauvoir y de otras autoras feministas como Gayle Rubin o Monique Wittig. De la mano de las reflexiones de estas pensadoras, Butler se atreve a enunciar una más que provocativa tesis: ¿y si el sexo no fuera más que género? Es decir, ¿y si el cuerpo, aquello que tomamos como dato puro, no fuera más que otra de las impuras instancias construidas socialmente? ¿Una sedimentación fruto de la performatividad? Hemos de admitir que la afirmación es totalmente contraintuitiva pues déjenme recordarles que... “¿si nos pincháis, acaso no sangramos?, ¿si nos cosquilleáis,

[2] De Beauvoir, S. *El segundo sexo*. Madrid. Cátedra. 2005.

[3] Braidotti, R. *Sujetos Nomades*. Barcelona. Paidós. 2000 (1ª edición en castellano). Pág. 216 y 215 respectivamente.

[4] Tomamos prestada esta expresión de la crítica que Linda Nicholson hace a la teoría de Judith Butler. Véase Nicholson, L. “La interpretación del concepto de género” en Tubert, S. *Del sexo al género*. Págs. 49-50

acaso no reímos?, ¿si nos envenenáis, acaso no morimos?”. Pero estas *evidencias*, no nos deben alejar de las preguntas realmente importantes: ¿qué es el cuerpo? ¿cómo se materializa? ¿en qué sentido podemos decir que realmente el cuerpo que sangra, ríe, muere, es realmente *nuestro* cuerpo?

En un fragmento donde se aprecia la huella foucaultiana, la norteamericana se pregunta:

“¿Y qué es el “sexo” al fin y al cabo? (...) ¿Tiene el sexo historia? ¿Tiene cada sexo una historia o varias diferentes? ¿Hay una historia de cómo fue establecida la dualidad de los sexos, una genealogía que mostrara las opciones binarias como una construcción variable? ¿Son los ostensibles hechos naturales del sexo producidos discursivamente por varios discursos científicos al servicio de otros intereses políticos y sociales?”⁵

El cuerpo deja de ser una instancia inocente cuya verdad pertenece al campo de la ciencia para erigirse en una entidad de marcado carácter político. Esa evidencia anatómica, hormonal, ¿no será tal vez un producto interesado? ¿Un producto tan perverso que clausura su propia crítica genealógica bajo una falsa “evidencia”?

¡Mas no puede ser! ¡El cuerpo se ve, se huele, se toca! Estas conclusiones pusieron a Butler en el centro de todas las críticas imaginables dentro y fuera del movimiento feminista. Se la tildó de postmoderna, de defender un monismo lingüístico, se la acusó de ser incoherente, incluso mala escritora⁶. Suponemos que todos estos “elogios” son la más clara prueba de la importancia de su mensaje. Butler había puesto el dedo en la llaga pero se hacía necesaria una profundización en la temática del cuerpo. Para ello, nuestra pensadora escribe en 1993 la obra *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of “Sex”*.

En este libro, Butler matiza lo anteriormente expuesto en relación al cuerpo. El cuerpo no es ni un dato puro ni una entidad puramente discursiva. Es la instancia en la que el poder se materializa. Nos enseñan qué es un cuerpo de varón y qué un cuerpo de mujer, dónde reside nuestra erogeneidad, cómo vestirlo, maquillarlo, moverlo, para materializar la fractura corporal, la diferencia sexual. El cuerpo es un nudo donde lo simbólico, lo imaginario y lo melancólico se materializan en una realidad claramente impura. El cuerpo es por tanto, como intuyeron muchas de las feministas de finales del siglo XX, un campo de batalla, no algo a reconocer, sino algo a construir, algo a conquistar. Es por eso que el cuerpo que sangra cuando nos pinchan, el que muere cuando nos envenenan, no es estrictamente hablando *nuestro* cuerpo desde el momento en que éste es un lugar en el que el poder constantemente se perpetúa.

[5] Butler. *Gender Trouble*. pág. 10. La traducción es nuestra.

[6] Una buena recopilación de las críticas a Butler las encontramos en estas obras: Burgos, E. *Qué cuenta como una vida*. Madrid. Mínimo tránsito. 2008; Lloyd, M. *Judith Butler*. Cambridge. Polity Press. 2007; Salih, S. *Judith Butler*. New York. Routledge. 2008.

Exiliados de nosotros mismos, al menos en parte, tampoco podemos afirmar que el cuerpo nos es ajeno. El cuerpo es también la ocasión para la insurrección, entendiéndolo que ésta no se ejerce desde una entidad pura que se opone al poder sino desde una entidad que *es* poder. Es decir, el cuerpo es el mecanismo mediante el que el poder extiende sus tentáculos y es, a su vez, la ocasión para revertir este poder y materializarlo en posibilidades insospechadas. No podemos afirmar que la revolución se ejerce de manera voluntarista, pues una consideración así parte de una inocente manera de entender el sujeto y el cuerpo como algo frente al poder. Somos cómplices del poder (realmente “somos” poder), pero cómplices torpes, distópicos, más allá incluso de nuestras intencionalidad.

3. Donna Haraway y el ciberideario corporal impuro.

“Pero una desviación ligeramente perversa en la perspectiva podría permitirnos luchar mejor por significados, así como por otras formas de poder y de placer en las sociedades tecnológicas”⁷

El poder materializa los cuerpos mediante lo simbólico e imaginario. Por tanto, parece clara la necesidad de crear un nuevo ideario para la lucha feminista entendiéndolo que el cuerpo es el territorio a conquistar. Y como curiosamente la imaginación parece ir siempre por delante de la razón teórica, años antes de que Butler escribiera las obras citadas, concretamente en 1984, Donna Haraway escribe *Manifiesto para Cyborg*, donde azota los sectores más conservadores del feminismo con la transgresora figura del cyborg, ideal en el límite de lo pensable extraído de una nueva rama de la filosofía que Haraway bautiza como “política ficción”.

El cyborg es un “irónico mito político fiel al feminismo”, “un híbrido de máquina y organismo, una criatura de realidad social y también de ficción”⁸. Como podemos ver, Haraway ubica el cuerpo lejos de la tradicional visión esencialista compartida incluso por gran parte del movimiento feminista. El cuerpo es más bien la cuerda que se tensa entre el poder y lo imaginario. Un aparato “high tech”, una quimera moldeable. El cyborg representa una posibilidad bastarda, un monstruo cuyo origen está en las mismas raíces del capitalismo patriarcal.

El cyborg es un sueño futurista para el feminismo, para los oprimidos, para todos los sujetos en general que habrán de habitar el siglo XXI. El cyborg

[7] Haraway, D. *Manifiesto para cyborgs. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX*. Centro de semiótica y teoría del espectáculo. Universitat de València y Asociación Vasca de Semiótica. Vol. 86. 1995. pág. 6.

[8] Haraway. *Manifiesto para cyborgs*. Pág. 1.

huye del jardín del Edén, de la búsqueda de la naturaleza, de los totalitarios mitos que antaño ataron a la mujer bajo una visión única. Al fin y al cabo, “la visión única produce peores ilusiones que la doble o que monstruos de muchas cabezas. Las unidades ciborgánicas son monstruosas e ilegítimas”⁹. El cyborg rehúye de buscar la verdad oculta (un invento, un mito a superar) y proyecta su corporalidad hacia las infinitas posibilidades que el futuro le depara. Simboliza la posibilidad de una empresa para valientes dispuestos a llevar su cuerpo hacia lo desconocido.

El feminismo se bate en armas en el ciberespacio (todo cuerpo es ya un ciberespacio). Su guerra es la Guerra de las Galaxias. Y en este nuevo contexto, parece imposible no coincidir con Haraway y la afirmación con la que cierra su *Manifiesto para Cyborgs*: “A pesar de que los dos bailan juntos el baile en espiral, prefiero ser un cyborg que una diosa”¹⁰.

El cuerpo es pues un campo de batalla y un campo de fusión, exploración y autoinvestigación en el que la imaginación adquiere un papel central. Hemos puesto una idea, el cyborg, como horizonte abierto (es casi un no-lugar) hacia el que orientar la política feminista. A partir de aquí, cada cyborg debe vérselas con la caja de Pandora que es su cuerpo.

“Así, el mito de mi cyborg trata de fronteras transgredidas, de fusiones poderosas y de posibilidades peligrosas que gentes progresistas pueden explorar como parte de un necesario trabajo político”¹¹.

4. B.P. no es una petrolera. Haciendo experimentos sucios con el cuerpo.

“No tomo testosterona para convertirme en un hombre, ni siquiera para transsexualizar mi cuerpo, simplemente para traicionar lo que la sociedad ha querido hacer de mí, para escribir, para follar, para sentir una forma post-pornográfica de placer, para añadir una prótesis molecular a mi identidad transgénero low-tech hecha de dildos, textos e imágenes en movimiento, para vengar tu muerte”.¹²

Son las palabras de B.P., iniciales bajo las que encontramos a la pensadora Beatriz Preciado, autoproclamada transgénero y pansexual, intelectual y activista que, en nuestra opinión, ha llevado la reflexión sobre el cuerpo a una dimensión hasta ahora intransitada. Esta provocadora profesora de la Paris

[9] *Ib.* Pág. 7.

[10] *Id.* Pág. 37.

[11] *Ib.* pág. 6.

[12] Preciado, B. *Testo yonqui*. Madrid. Espasa. 2008. pág. 20.

VIII, tras un más que exitoso debut en el mundo editorial con *Manifiesto-contrasexual*, deja estupefactos a los sectores más conservadores del pensamiento con la obra que escribiera en 2008 y que tiene por título *Testo Yonqui*.

El problema tantas veces planteado a teorías como la de Butler o Haraway es precisamente cómo ejercer la acción política tomando como eje un elemento, el cuerpo, que parece estar contaminado hasta la médula por los designios del poder que lo posibilita. En otras palabras, ¿cómo se hace posible un empoderamiento del sujeto desde el cuerpo? Hemos de admitir que Butler es bastante vaga en sus propuestas. Nos incita continuamente a ejercer la acción performativa, a iterar una y otra vez el poder, pero no termina de quedar muy claro cómo hacer eso sin caer en un prescriptivismo rígido. Por otro lado, Haraway parece marcar un claro objetivo simbólico, el cyborg, pero sigue dejándonos huérfanos de respuesta ante la cuestión de cómo alcanzarlo. Bien, Beatriz Preciado tiene una propuesta: podríamos tomar testosterona. ¿Por qué? Por muchas, muchísimas razones: porque es la hormona de la masculinidad, porque su administración está totalmente controlada por el Estado, porque su acción nos permite modificar y redescubrir nuestro cuerpo, porque queremos tener el control, porque nos da la gana y así lo hemos decidido, porque creamos un monstruo social, porque con ella dan ganas de follar, porque jode al sistema. Sujeto-poder. Porque muero yo si tú me hormonas y mueres tú si me hormono yo. Porque tú y yo somos lo mismo y nos abrazamos en la caída a los infiernos.

Si bien tras la lectura de los libros de Butler y Haraway, resulta un tanto difícil saber qué podemos hacer a nivel práctico para conseguir la conquista y apropiación (siempre limitada, siempre dentro del poder) de nuestros cuerpos, tras la lectura de *Testo Yonqui* una idea se instala en la mente de forma perversa: tomar testosterona. O tal vez no, tal vez se nos dispare la mente y se nos puedan ocurrir otras malsanas ideas, incluso mejores, para apropiarnos de nuestro cuerpo, convertirlo en un arma arrojadiza, hacer de él la herida por la que el sistema sangre. Podríamos travestirnos para ir al trabajo, entrar en los aseos asignados al género opuesto, experimentar nuevas formas de sexualidad.

Testo Yonqui, como su propia autora dice, “es un ensayo corporal”, “una ficción autopolítica o una autoteoría”¹³. En este ensayo, Preciado trenza con maestría la narración de sus mutaciones corporales y el descubrimiento de una nueva sexualidad de la mano del testogel 50 miligramos, con incisivas reflexiones en torno a la historia de la tecnosexualidad¹⁴. Tomando como referente inexcusable a Foucault, Preciado llama a la época actual “farmacopornográfica”. Una época en la que “el gran negocio del nuevo milenio es la gestión política

[13] *Ib.* pág. 15.

[14] Resulta muy sugerente el recorrido que la burgalesa dibuja en el capítulo “La era farmacopornográfica”, donde expone cómo nace y cómo ha ido evolucionando la gestión técnica y política del cuerpo. *Ib.* Págs. 25-46.

y técnica del cuerpo”¹⁵. Y esta gestión se realiza a dos niveles, uno material, el farmacológico, y otro simbólico, el pornográfico. Algunos de los acontecimientos vinculados al primer nivel que podrían ponernos sobre la pista del momento en el que vivimos son la invención de la píldora anticonceptiva (toda una orgía de estrógenos para el cuerpo femenino), la popularización de la cirugía estética, el tratamiento de la homosexualidad como enfermedad, el control hormonal de los transexuales por parte del Estado, el uso masivo del Prozac entre la población, etc. Por otro lado, Preciado cree que todo este control estatal de los cuerpos se vehicula desde una especie de orden simbólico pornográfico del que son fieles muestras acontecimientos como el nacimiento de *Playboy* en 1953¹⁶, la elevación a categoría de mito del film porno *Deep Throat*, la multiplicación de las páginas web dedicadas al sexo, la normalización del porno amateur, la popularización de los juguetes eróticos, los alargamientos de pene, los aumentos de pecho, la cirugía vaginal. Supongo que no hace falta decir más. “Estamos frente a un nuevo tipo de capitalismo caliente, psicotrópico y punk”¹⁷.

La sociedad es sexo y “pastillas”. Pero el poder dirige con su batuta qué tipo de sexo, y con quién, qué pastillas y para quién. Sexo hetero, copulativo, con viagra. Sí. Masturbación anal, masculina, exhibicionista, tras la ingesta de drogas. No. Y por eso podemos decir que nuestro cuerpo está atravesado farmacopornográficamente y en este sentido podemos afirmar que la experiencia que describe Beatriz Preciado en la obra referenciada puede considerarse sin duda alguna “un manual de bioterrorismo a escala molecular”¹⁸.

No debemos malinterpretar la empresa de Beatriz Preciado. No podemos entenderla como la celebración de un acto supremo de voluntarismo, eso, como ya mostró Butler, es una auténtica quimera. Ese cuerpo que sangra, que muere, no es *nuestro* cuerpo, es la propiedad privada del sistema, pero también es un cruce de caminos desde el que emerge una subjetividad que puede transmutarse en una especie de Frankenstein para el poder. Es por tanto una gran ocasión, justo cuando miles de rayos emitidos desde el tecnopoder nos atraviesan, para sacrificar nuestro cuerpo en aras de una realidad nueva.

Superado el falso sueño de la libertad, del voluntarismo absoluto de nuestras acciones, el drag, el cyborg, el sujeto autohormonado, emergen como ideales impuros que orientarán *nuestros* cuerpos hacia un futuro diferente, distópico, plural, queer, imaginativo, humano y verdaderamente democrático.

[15] *Ib.* Pág. 26.

[16] Véase Preciado, B. *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en Playboy durante la guerra fría*. Madrid. Anagrama. 2010.

[17] Preciado. *Testo Yonqui*. Pág. 31.

[18] *Ib.* Pág. 16.